





# EL PRÍNCIPE SIN REINO



José Antonio Peña Martínez

# EL PRÍNCIPE SIN REINO



Primera edición: enero 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Antonio Peña Martínez

ISBN: 978-84-18097-36-2

ISBN digital: 978-84-18097-37-9

Depósito legal: M-39910-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A mi familia.  
Lo más importante de mi vida.  
A Yolanda. In memoriam.*





## Índice

I. Carlos III el Noble.....	11
II. Juan, infante de Aragón.....	17
III. Una boda principesca.....	33
IV. Nace el príncipe de Viana.....	41
V. En el palacio de Olite.....	55
VI. El principado de Viana.....	59
VII. Carlos de Viana, hombre de letras.....	67
VIII. Boda del príncipe Carlos con Inés de Clèves.....	73
IX. La muerte de Blanca de Navarra.....	85
X. Segunda boda de Juan II.....	89
XI. Fallece la princesa de Viana.....	101
XII. Juan II y su hijo, enfrentados por el trono.....	107
XIII. El príncipe Carlos, lugarteniente general de Navarra.....	125
XIV. Batalla de Aibar.....	127
XV. El exilio del príncipe de Viana.....	139
XVI. En la corte de Alfonso V.....	157
XVII. El Parlamento navarro proclama rey al príncipe de Viana.....	171
XVIII. El príncipe en Sicilia.....	177
XIX. El príncipe en Mallorca.....	189
XX. Entrada triunfal del príncipe en Barcelona.....	197

XXI. Juan II ordena detener a su hijo.....	207
XXII. El príncipe preso en Aitona .....	235
XXIII. Cataluña exige la libertad del príncipe .....	265
XXIV. El príncipe preso en Morella, es liberado .....	267
XXV. Concordia de Vilafranca del Penedés.....	285
XXVI. Embajadas de paz .....	291
XXVII. Las intrigas de la reina .....	303
XXVIII. Una muerte anunciada .....	313
XXIX. El príncipe de Viana enterrado en Poblet .....	335
Epílogo .....	343

## I. Carlos III el Noble

Hubo un tiempo, el primer cuarto del siglo XV, en el que el reino de Navarra, sin posibilidades de expansión, ni por tierra ni por mar, y aunque contaba con más de 100 castillos y fortalezas a lo largo y ancho de sus límites fronterizos, era un territorio que ambicionaban anexionarse sus poderosos y ricos vecinos, el reino de Castilla-León, por una parte, y el de Francia, por otra. La caprichosa diosa Fortuna parecía jugar con el reino de Navarra y demostrar que todo tiene fin en este mundo. El pequeño reino ofrecía un espectáculo sangriento: los bandos de las familias nobles de los Agramont y los Beaumont tenían dividido el territorio en dos parcialidades, que se hacían una guerra a muerte peleando en las calles de las villas y ciudades, en los campos y en los castillos, valiéndose del puñal del asesino con más frecuencia que de la espada del caballero. El origen de las luchas nobiliarias parece situarse al final del largo reinado de Carlos III *el Noble* (1387-1425). En ese período nace la discordia entre dos poderosos señores feudales: Pedro de Navarra, señor de Agramont y mariscal del reino, y Luis de Beaumont, conde de Lerín, condestable del reino y yerno de Carlos III el Noble, pues estaba casado con una hija ilegítima suya. Los enfrentamientos en Navarra fueron avivados por la lucha por el poder entre dos bandos que se profesaban un odio ancestral: los de Agramont —agramonteses— y los de Beaumont —beaumonteses—. Los primeros provenían de la zona sur del reino, y eran terratenientes de la ribera del Ebro, amos y señores del llano. Dominaban las zonas más ricas para la agricultura y tomarían,

años más tarde, partido por Juan II de Navarra. Por su parte, los beamonteses poseían las praderas de pastos para el ganado, las tierras más pobres y abrazaron la causa de Carlos de Viana, hijo y heredero de los reyes Blanca I de Navarra y Juan II de Navarra y de Aragón.

Detrás de los enfrentamientos entre agramonteses y beamonteses había un profundo trasfondo económico. No solo la lucha de la montaña contra el valle, sino también de los núcleos rurales contra las ciudades, de los pastores y agricultores contra burgueses y comerciantes, de la Navarra rica y privilegiada contra la de pobre economía montañesa. Aquella era la época de las grandes luchas de bandos. Por todo el reino de Navarra se libraban pequeñas escaramuzas locales, en las que los motivos económicos no son más que las envidias de unos por los bienes de otros. Sin embargo, no solo por los bienes ajenos, sino con no menos vehemencia se luchaba por el propio honor. La codicia, la belicosidad y la sed de venganza son tres de las principales características de los hombres de la época.

Por la política exterior del rey Carlos III el Noble, Navarra parecía entonces más inmiscuida en los intereses e intrigas de Francia que en los de los demás reinos peninsulares.

Las monarquías de Europa occidental comenzaban a adentrarse por un camino que, con el tiempo, llevaría a los reyes a incrementar su poder absoluto, al mismo tiempo que la avariciosa aristocracia ansiaba reafirmar su posición y privilegios en la escala social.

Una escala social la de entonces, que, si representásemos en forma de pirámide, el monarca ocuparía el vértice superior. Le seguirían la alta nobleza y el alto clero; por debajo de ellos, los abades y curas de abadías y parroquias ricas; los caballeros, hidalgos, frailes y monjes; los comerciantes, banqueros y dueños de tierras; en un escalón más bajo los artesanos, molineros, tenderos, horneros y labradores, y en un nivel inferior los jornaleros y peones.

Era una sociedad en la que la mujer apenas era considerada en un mundo dominado por el varón, que ejercía todo su poder sobre

ella. La mujer, sometida a sus deberes de esposa, a la fidelidad al marido y a la autoridad de este, encuentra solo compensaciones limitadas en la crianza de sus hijos, diezmos por la terrible mortalidad infantil.

En el ámbito social no había libertad individual, ya que la vida era dominada por reglas, normas y obligaciones. Había posibilidades casi nulas de pasar de una clase social inferior a otra superior; los nacidos pobres estaban destinados a ser pobres toda la vida sin cuestionárselo.

La gente de aquella época sobrevivía como podía a una de las crisis más profundas que se puedan sufrir: epidemias, que empezaron con la Peste Negra, procedente del lejano Oriente y que diezmaron la población; plagas que reducían o, incluso, acababan con las cosechas; la Guerra de los Cien Años; el Cisma de Occidente... La crisis demográfica, propiciada por las pestes, hizo que el hombre de entonces viviera en un mundo poblado de significados, de manifestaciones de Dios en todos los ámbitos, y que conociera de cerca el espectro de la muerte. La Parca segaba la vida igual a reyes que a pordioseros, a ricos que a pobres.

En aquella época, el reino de Navarra, formado por la agrupación de seis merindades: Pamplona, Estella, Tudela, Sangüesa, Olite y Tierra de Ultrapuertos, tenía una importante cabaña ganadera en las zonas de pastos de Ultrapuertos y una agricultura intensiva en las tierras bañadas por el caudaloso Ebro y sus numerosos afluentes. La importancia de cada merindad tenía que ver con la suma de varios factores: su actividad económica como centro artesano y comercial, su densidad demográfica, su situación estratégica y sus castillos y murallas. A su vez, las merindades se subdividían en pequeños distritos llamados bailías para el pago de los derechos reales y demás impuestos, y cada bailía tenía su baile o funcionario real encargado de administrarla.

Durante el siglo XV, Navarra experimentó un notable crecimiento, sobre todo en el llano, en la ribera del Ebro o merindad de Tudela, donde junto a una agricultura más intensiva y produc-

tiva que en las zonas montañosas se desarrolló una incipiente industria de acabados (tintes y aprestos), que cubría las deficiencias de los talleres textiles castellanos, y, sobre todo, catalanes, sus principales compradores. Mientras, en las tierras altas de Ultrapuertos y en las merindades de Pamplona y Sangüesa perduraban aún las tradiciones ancestrales navarras, realizadas por el orgullo de que jamás los musulmanes habían osado hollar con sus pies aquellas tierras.

Mientras esto ocurría en Navarra, en el reino de Castilla-León, la continuidad de la crisis feudal peninsular, que había comenzado el siglo XIV o quizás a finales del XIII, explica la persistencia de los conflictos sociales y la gravedad de las luchas entre la monarquía y la nobleza. Castilla y León estaba envuelto en conflictos continuos a causa de la lucha entre su rey, Juan II (1406-1454), y los nobles, que deseaban ver aumentados sus derechos territoriales en detrimento de los reales, y acusaban a su monarca de un poder casi absoluto. El poder aparece, pues, en esta época, como la palabra clave: desde el monarca hasta el último de sus nobles, todos aspiran a tener cada día más y más poder. Y ejercer un mayor control sobre sus vasallos respectivos, a quienes cobraban unos impuestos injustos a todas luces.

El otro reino rival de Navarra, el de Aragón, bajo la corona de Alfonso V *el Magnánimo* (1418-1458) vivía bajo el yugo de unos impuestos gravosos para sus súbditos, pues el monarca centró sus esfuerzos económicos y militares en la formación de un imperio mediterráneo y estableció su corte en Nápoles, después de conquistarla en junio de 1442. Alfonso V era el monarca de la Corona de Aragón, que agrupaba los reinos de Aragón, Valencia, Mallorca, Nápoles, Sicilia, Cerdeña, y el Principado de Cataluña. Cada uno de estos territorios disponía de Parlamento y moneda propia.

En aquella época, en el seno de la Corona de Aragón se consumó la ruina de Cataluña, hasta entonces un territorio que prosperaba año tras año, al tiempo que el reino de Valencia, y sobre

todo su capital, cogían el relevo como impulsores económicos en el levante peninsular.

El poder que ejercían los reyes sobre sus vasallos tendió a incrementarse y sus intereses se entrecruzaban y alcanzaban a todos los reinos de la península ibérica en mayor o menor medida y llegaban, incluso, en algunos aspectos dinásticos, a involucrar a Navarra con Castilla, Aragón, Portugal y Francia.

En Soria, el 27 de mayo de 1375, el infante y más tarde rey navarro Carlos III el Noble, de la dinastía francesa de Évreux, se casaba con Leonor de Trastámara, hija de Enrique II de Trastámara, rey de Castilla y León, y de doña Juana Manuel.


Al casarse con una infanta castellana, Carlos III mostró cierta inclinación hacia Castilla y León, que se traduciría más tarde en la entrega en matrimonio de su hija mayor bastarda a Íñigo Ortiz de Estúñiga, señor de vasallos en algunos pueblos de Navarra, y en la concesión de algunos señoríos navarros a nobles castellanos.

Con su matrimonio con Leonor de Trastámara, el monarca navarro puso fin a los conflictos entre ambos reinos, pues durante su dilatado reinado rigió los destinos de Navarra con mano de hierro y hubo una relativa paz entre las facciones nobiliarias de los agramonteses y de los beaumonteses. Entonces, la influencia francesa sobre Navarra remitió y se abrió la posibilidad de la entronización de un Trastámara.

Entre 1378 y 1411 Carlos III pasó largas temporadas en París, la primera de ellas, desde 1378 a 1381, en calidad de prisionero del rey francés Carlos V *el Sabio*, después de caer prisionero en la batalla de Bernay, tras luchar para conseguir la devolución de los bienes patrimoniales que los franceses habían arrebatado a su padre.

Carlos III heredó de su padre una Hacienda Real en quiebra, por lo que debió cambiar radicalmente la política seguida hasta entonces por su predecesor y, al mismo tiempo, tratar de mantener la paz con los reinos de Castilla y León y de Francia.

A Carlos III le sucedió su hija, la princesa doña Blanca, que viuda del rey don Martín de Sicilia, hijo de Martín I *el Humano*, rey de



la Corona de Aragón, se casaría en 1419 con el infante de Aragón don Juan, hijo de Fernando I de Aragón (1412-1416), conocido también como Fernando de Trastámara.

Si en el siglo XV muchas conspiraciones y guerras civiles empezaron a suceder entre los grupos dirigentes de los distintos reinos cristianos peninsulares, se debió sin duda a la personal ambición de Fernando I de Aragón, que de algún modo empujó a sus hijos Alfonso V el Magnánimo y a Juan II de Navarra a la conquista del poder en toda la península ibérica.

Pero, no adelantemos los acontecimientos.



## II. Juan, infante de Aragón

Juan, infante de Aragón, segundo hijo de Fernando I de Aragón y de Leonor Urraca de Castilla, nació el 29 de junio de 1398 en la villa castellana de Medina del Campo. El hermano mayor de Juan, Alfonso (el futuro Alfonso V el Magnánimo) fue el heredero y sucesor de Fernando I. Este nombró a Juan duque de Peñafiel y de Montblanc, conde de Mayorga y le concedió los señoríos de Castrojeriz, Medina del Campo, Olmedo, Cuéllar y Villalón, en Castilla, y de Haro, Belorado, Briones y Cerezo, en la Rioja. Además, le designó para dirigir la Casa de Trastámara en Castilla y León.

En 1415, Fernando I nombró a su hijo Juan lugarteniente general de Sicilia, para sustituir en dicho cargo a Blanca de Navarra, hasta entonces reina de Sicilia, por su matrimonio con Martín *el Joven* (muerto en julio de 1409), hijo y heredero de Martín I el Humano (fallecido en mayo de 1410). Tras la muerte sin descendencia de Martín I el Humano, hubo un interregno de dos años en la Corona de Aragón y, después, por el Compromiso de Caspe, un pacto establecido en junio de 1412 por tres representantes de los reinos de Aragón, Valencia y del Principado de Cataluña para elegir un nuevo rey, se eligió como su sucesor y nuevo monarca de Aragón a Fernando de Trastámara.

En Sicilia el infante Juan conoció a Blanca de Navarra, una hermosa joven de exquisita educación. Durante unos meses, Juan y Blanca trataban casi a diario temas sobre el buen gobierno de la isla. La relación entre ambos no pasó de cortés y cordial, pues el infante Juan tenía planes de boda con la reina Juana II de Nápoles.

Blanca, después de poner al día al infante Juan sobre las tareas de gobierno de la isla, creyó que no tenía nada más que hacer en Sicilia, y que había llegado el momento de regresar junto a sus padres, Carlos III el Noble y Leonor de Trastámara, reyes de Navarra. Partió de la isla rumbo a Barcelona y, desde allí, en carruaje, prosiguió el viaje hasta el palacio de Olite, donde fue recibida por sus padres.

Mientras, en Sicilia el infante Juan vio frustrado su enlace con la reina de Nápoles, que eligió por marido a Jaime de Borbón, conde de La Marche, emparentado con el rey de Francia.

Juan, a quien la gobernación de Sicilia le parecía poco atractiva y rentable, a principios de 1416 regresó a Zaragoza. Una vez en la corte de su padre, que moriría en abril de ese año, se estableció en el palacio de la Aljafería, donde el infante se acordaría de Blanca de Navarra.

La espléndida biblioteca del salón de Mármoles o salón Dorado, decorado por alabastro en las dos terceras partes de su superficie, hasta la zona alta, recorrida por una inscripción con versos coránicos sobre la creación, era la principal estancia de la Aljafería, palacio de estilo mudéjar. El salón también estaba adornado con paneles decorativos con elementos vegetales de la época califal como piñas, flores, cuernos de la abundancia, granadas y hojas de acanto, entre otros. Allí, frente a una gran chimenea de piedra labrada, en cuya repisa de madera de haya, un reloj de bronce, con bolas plateadas giratorias a modo de péndulo y metido dentro de una campana de cristal, marcaba las once. Sentado en un cómodo sillón de cuero, el infante Juan leía una copia del manuscrito que narraba las increíbles aventuras de Marco Polo quien, en 1271, decidió seguir la Ruta de la Seda, cuyas etapas había conocido gracias a los relatos de los mercaderes venecianos, sus compatriotas, y de los frailes mendicantes que evangelizaban por el lejano Oriente. Levantó la vista de la página que estaba leyendo, hizo sonar una campanilla, ¡tíln, tíln!, y ordenó al sirviente que atendió su requerimiento que llamase al escribano, que

se presentó al instante llevando en una bandeja de plata papel, tintero y pluma.

—Señor, ¿en qué puedo servirlos? —preguntó, al tiempo que hacía una respetuosa reverencia.

—Sentaos, por favor, y escribid la carta que os voy a dictar —ordenó el infante, que dejó en un anaquel de madera de ébano el manuscrito sobre Marco Polo que había estado leyendo hasta ese momento.

—Señor, ¿a quién va dirigida?

—A la princesa Blanca de Navarra. Destino de la misiva: palacio de Olite. ¿Empezamos?

—Cuando gustéis, señor.

El amanuense escribía lo que le iba dictando el infante Juan:

Muy apreciada Blanca, princesa de Navarra:

Desde que os vi por primera vez en Sicilia no he dejado de pensar en vos ni un instante. Me gustaría visitaros y, si llegásemos a entendernos, sería para mí un honor el que, con la bendición de vuestro padre, el rey de Navarra, y la de mi madre, Leonor, viuda, pues mi padre, el rey Fernando I de Aragón, falleció hace apenas un mes, nos comprometiéramos en matrimonio. Un matrimonio que reforzaría los lazos entre nuestras respectivas familias y a las que, con el tiempo, podríamos dar la alegría de unos hijos que perpetuaran nuestros respectivos linajes.

Espero ansioso vuestra respuesta y cuento los días para que se produzca nuestro encuentro.

JUAN, INFANTE DE ARAGÓN

Apenas escrita la carta, el infante ordenó que un correo la hiciera llegar a su destinataria. Al cabo de quince días, la respuesta llegaba de la mano de un mensajero real, que entregó la misiva al infante. Después de dar las gracias y despedir al correo, al que agradeció su servicio con unas monedas de oro, y pedir al servicio que le dejara solo, el infante abrió el sobre lacrado, sacó el papel escrito

y leyó su contenido. Una letra primorosa, que delataba que había sido escrita por una mano delicada y cuidadosa, decía:

Don Juan, infante de Aragón:

Lo primero, expresaros en nombre de mi padre y en el mío propio nuestras condolencias a vuestra madre, la reina Leonor, y a vos por el fallecimiento de vuestro padre, el rey Fernando I, a quien Dios le haya concedido el descanso eterno.

Es un honor el que os hayáis acordado de mí después de nuestra estancia en Sicilia. Yo pensaba que os habíais casado con la reina Juana de Nápoles, pues esas eran vuestras intenciones, si mal no lo recuerdo. En cualquier caso, ese no es asunto que me incumba.

He consultado con mi padre vuestra proposición de visitarnos y me da su permiso para que os diga que seréis bienvenido a nuestro palacio de Olite cuando gustéis.

Avisadnos con tiempo de vuestra llegada, para que se preparen las mejores habitaciones para que vuestra estancia en Navarra sea lo más placentera posible.

Os espera, Blanca, princesa de Navarra, que también cuenta hasta las horas para nuestro encuentro.

Nada más terminar de leer la misiva, el infante no pudo reprimir su alegría por la contestación recibida: un fuego interior coloreó su rostro, al tiempo que apretaba la carta contra su corazón, que latía como el de un caballo lanzado al galope. Después, hizo que se presentara el escriba y le dictó unas líneas dirigidas a Blanca:

Mi muy apreciada Blanca, princesa de Navarra:

Hoy mismo acabo de recibir vuestras letras y os contesto sin demora.

Mi madre y vuestro rendido servidor os damos las gracias, a vuestro padre y a vos, por vuestras condolencias

por la defunción de mi padre, el rey de Aragón.

Este mismo día he ordenado que se hagan los preparativos para reunirme con vos dentro de veinte días, pues antes he de ir a Peñafiel a solucionar unos asuntos pendientes en mis extensos señoríos castellanos.

También ansío el momento de encontrarme con vos y conocer a vuestro regio padre, al que, con todo respeto, beso sus manos.

Os comunico que llegaré acompañado de algunos sirvientes de confianza y de bastante equipaje y, cómo no, cargado de regalos para vos y vuestro padre.

Hasta pronto,

JUAN, INFANTE DE ARAGÓN

De nuevo, el infante ordenó que un correo llevase la misiva lo más raudo posible a Olite.

20 días después, el infante Juan de Aragón, acompañado de un nutrido séquito de servidores y hombres armados, que flanqueaban los carromatos tirados cada uno por seis mulos y que transportaban el voluminoso equipaje, atravesaban las puertas del castillo de Olite y eran recibidos por el monarca y su hija Blanca, quienes dieron la bienvenida a don Juan.

—Infante don Juan, sed bienvenido a nuestro palacio real. Desde este momento sois nuestro invitado de honor. Consideraos como en vuestra propia casa —dijo el rey, mientras extendía su brazo derecho para que el recién llegado le besara la mano.

—Majestad, os doy las gracias por vuestro recibimiento y por vuestras generosas palabras. En primer lugar, os presento mis condolencias por la muerte de vuestra esposa, la reina Leonor. Mi madre y yo, en su nombre, os presenta sus respetos. Ella celebra que vos veáis con buenos ojos que pronto se anuncie el compromiso entre la princesa Blanca y este, vuestro humilde servidor. Aunque, primero me gustaría que me hablarais de vuestra esposa —respon-

dió el infante al tiempo que besaba la mano del monarca.

—Gracias, don Juan, por vuestras condolencias y las de vuestra madre por la muerte de mi esposa, la reina Leonor. La suya ha sido una pérdida irreparable pues ella siempre fue una buena esposa y una madre excepcional. Cumpliendo su última voluntad, expresada en su testamento, dictado el 27 de julio de 1414, fue vestida con el hábito franciscano y enterrada en la catedral de Santa María la Real de Pamplona, en un bello mausoleo de mármol verde, tallado por el escultor francés Jean Lomme de Tournai y... —el viejo monarca paró de hablar. Unas lágrimas corrían por sus mejillas y empezaban a mojar su encanecida y bien poblada barba. Carraspeó, se restregó los ojos y continuó—. Mi esposa, como buena cristiana donó a la catedral los objetos religiosos de su capilla palaciega: un crucifijo de oro con camafeos y piedras preciosas; una cruz de plata; un cáliz de oro, con su patena de oro y unas vinajeras de plata; un incensario y un hisopo de plata; un relicario de oro para exponer al Santísimo y tres paños bordados en oro y plata para el altar mayor.

—Majestad, tengo entendido que el epitafio que hay en la tumba de vuestra esposa lo redactasteis vos, ¿no es cierto?

—Así es, don Juan. Lo recuerdo muy bien. Dice:

«Aquí yace, sepultada, la Reina doña Leonor, infanta de Castilla, mujer del rey don Carlos III, que Dios perdone, la cual fue muy buena reina, sabia y devota, y finó el V de marzo del año de MCDXVI. Rogad a Dios por su alma».

—Un epitafio digno de una buena reina y mejor mujer, esposa y madre, majestad.

—Gracias, don Juan. Era lo menos que podía hacer ya por ella. Ahora, hablemos de vuestro padre. Creo que fue enterrado en Poblet, ¿no?

—En efecto. Mi padre siempre nos decía a nuestra madre, a mi hermano mayor Alfonso, ahora rey de la Corona de Aragón, y a quien os habla que quería que, como rey de Aragón, sus restos mortales descansaran en el panteón real del monasterio de Santa María

de Poblet. Hemos cumplido sus deseos y allí reposa su sueño eterno —respondió el infante aragonés con los ojos húmedos. Luego, suspiró y prosiguió.—. Tengo entendido, majestad, que en sus últimos días la vida de la reina se fue apagando poco a poco como lo hace una vela encendida. Que vuestros mejores médicos la atendieron y le aplicaron remedios medicinales naturales para que no sufriera.

—Cierto, don Juan. Uno de mis más reputados galenos personales, el judío Yuseph Orabuena, rabino de la judería de Estella, le hacía tomar una pócima de ortiga y le aplicaba en la frente y en el pecho emplastos preparados con extracto de corteza de sauce y esencia de lavanda para aliviarle el dolor.

—Pero vuestra esposa, ¿no tenía su médico personal? También judío, ¿no? —preguntó el infante, que parecía estar bien informado.

—Acertáis de nuevo, don Juan. Su médico era Yosef Ibn Vagar, aunque todos lo llamábamos Aboacar. Vino con Leonor desde Castilla a Navarra cuando contraí matrimonio con ella. Muy buen galeno, pero tras la muerte de mi esposa, me pidió permiso para dejar Olite y marchar a Valencia, donde tenía algunos parientes que le animaban a establecerse allí debido a que había asentada una importante y floreciente comunidad hebrea. Pero... dejemos a los muertos que descansen en paz y hablemos de los vivos —sugirió el monarca y, volviendo la cara hacia su hija, añadió.— Don Juan, es para mí un honor presentaros a mi hija, la princesa Blanca, mi heredera y futura reina.

Blanca, a la izquierda de su padre, había seguido la conversación entre él y su pretendiente y disimulaba mal su nerviosismo. Azarada, no pudo evitar que los colores encendieran sus sonrosadas mejillas. El rubor hizo que inclinara la cabeza, al tiempo que escuchaba las palabras que le dirigía el infante:

—Princesa, es un inmenso placer el que siento al hallarme ante vos. Creía que este momento no llegaría nunca. Es un honor besar vuestra mano.

Blanca, con un brillo especial en su mirada, extendió la mano derecha para que la besara el infante, al que respondió:

—Don Juan, también yo estoy muy contenta de teneros a mi lado. Como ha dicho mi padre, sed bienvenido. Espero que vuestra estancia con nosotros sea todo lo grata que esperáis.

El infante, de manera respetuosa, llevó la mano de Blanca a sus labios mientras observaba que era muy fina y le contestó:

—Princesa, estad segura de que mi permanencia aquí será muy placentera.

Estas palabras del infante turbaron a Blanca, que cambió de conversación:

—Don Juan, después de comer os acompañaré y enseñaré las distintas dependencias palaciegas, en especial el jardín y las torres.

—Como vos deseáis, Blanca.

—Infante, ahora entremos al comedor, donde os agasajaremos como merecéis. Nos acompañarán algunos de nuestros más cercanos familiares y algunos consejeros y sus distinguidas esposas —dijo el rey, al tiempo que con la mano derecha indicaba el camino.

El comedor palaciego estaba iluminado con medio centenar de lámparas de aceite colgadas del artesonado techo. Las mesas alargadas, montadas sobre caballetes, cubiertas con manteles de lino procedentes de Holanda, e iluminadas con decenas de candelabros dorados con velas rojas, lucían en todo su esplendor.

Se sirvieron, por este orden, las siguientes viandas: espárragos de Tolosa; salchichas y albóndigas de carne de jabalí; perdices en su jugo; cabezas de cabrito; cordero asado y regado con licor de arándano; membrillos cocidos con piñones y espolvoreados con canela; pastelitos de piñones y de almendra, y pasteles de hojaldre. Y todo, acompañado de los mejores vinos rojos de la tierra. Además, trovadores, músicos, danzarinas, malabaristas y tragasables hicieron las delicias de los comensales.

Después de terminado el banquete, la princesa Blanca y el infante Juan salieron a pasear por los cuidados jardines del palacio. Mientras caminaban, ella le iba explicando algunos detalles constructivos curiosos:



—Los muros exteriores del castillo-palacio están coronados de almenas y matacanes, y en muchos ángulos se elevan, sobre cornisas voladas, torreoncillos cilíndricos sorprendentes por su atrevida ejecución.

—Veo que la piedra está trabajada con esmero y algunos detalles están esculpidos con gran maestría —dijo el infante, con cara de estar interesado en el tema.

—Cierto —dijo ella, toda orgullosa, y continuó— durante nuestro paseo veremos las diversas poternas; las afligranadas galerías; los floridos jardines suspendidos; el frontón para jugar a pelota mano; el pequeño zoológico, con animales exóticos; la enorme pajarera con multitud de pájaros de todos los colores; las bodegas subterráneas, donde podremos degustar vinos de más de 50 años que reposan en enormes barricas del mejor roble; el pozo de hielo o nevero; las enormes caballerizas; las fuentes, los... —el infante la interrumpió—. ¡Parad un momento, os lo suplico, princesa! —dijo, agobiado por tanta explicación y, al mismo tiempo admirado por cuanto veía. Era tal su goce visual, que no daba crédito a lo que veían sus ojos.

—Descansemos un rato sentados en este banco de piedra —sugirió ella con una sonrisa en los labios. La bondad y felicidad que la embargaban se notaba en su cara.

El Sol empezaba a declinar en el horizonte. Una suave y embriagadora brisa del norte les envolvía.

El infante también parecía estar contento y dijo:

—Princesa, supongo que vais a hablarme más de este sitio maravilloso.

—¡Sí! ¡Por supuesto! —respondió ella y añadió— pero lo haré aquí, sentada a vuestro lado. Os prometo que seré breve. Pero... es que mis torres... —suspiró y volvió a repetir— ¡Ah! mis torres...

—¿Vuestras torres...?

—Veréis. Cuando era pequeña, mis hermanos y yo jugábamos al escondite por este inmenso jardín, pero nuestros rincones favoritos los encontrábamos en las torres. Las quince torres de palacio

tienen cada una su correspondiente nombre: de la reina; de la Joya Guardada; de las Tres Coronas; de los Cuatro Vientos, coronada por cuatro elegantes pabellones o miradores; de los Lebreles; de las Cigüeñas; del Portal; de las Atalayas; de los Perros; de la Prisión; de la Despensa; del Aljibe; del Granado; del Corredor del Sol y del, Pero (variedad de manzano, cuyo fruto es más largo que grueso). Todas tienen su encanto y su... —ella dejó de continuar el relato, pues parecía que él había perdido algo de interés. Parecía más centrado en observar su belleza que en escuchar sus palabras. Por eso —añadió.—, si os canso al hablar de mis torres, os pido disculpas.

El infante, no soltó palabra. La miró a los ojos. Le rodeó la cintura con sus brazos, la atrajo hacia sí, la abrazó y la besó en los labios, primero con ternura y después con la pasión propia de la edad y de unos novios que pronto iban a casarse. Al primer beso, siguió otro, y otro y... Parecían ahogarse en el agua de sus besos.

Tan encandilados estaban, que no oyeron los pasos de un sirviente de palacio que iba a anunciarles que el monarca requería su presencia en el comedor.

—¡¡Atchísss!! —fingió toser el criado, parado a dos pasos de la pareja.

Ellos se separaron de prisa, se limpiaron los labios sin disimulo y la princesa se volvió y preguntó, un tanto airada:

—¿Puede saberse a que se debe vuestra indiscreción?

El sirviente, un tanto azarado por la situación, respondió:

—Princesa, con el debido respeto, os comunico que vuestro regio padre reclama vuestra presencia en el comedor. Los invitados están a punto de marchar y vería con buenos ojos que os despidierais de ellos.

—Por favor, decidle a mi señor padre que en unos minutos estaremos con él —respondió la princesa mostrando su mejor sonrisa. Luego se volvió hacia su enamorado y le dijo— Juan, creo que encontraremos otro momento para continuar... nuestra charla. Ahora, volvamos con nuestros invitados.

Los dos, cogidos de la mano, entraron al salón. Todas las miradas se centraron en ellos. El monarca al verla entrar tan sonriente,

no pudo disimular una sonrisa. Él también fue joven y entendía muy bien lo que habría pasado.

Tras saludar y despedir uno a uno a todos sus invitados, el rey, la princesa y el infante se retiraron a sus respectivos aposentos. Afuera, una luna en cuarto creciente saludaba a las aves nocturnas, que, como la lechuza, empezaban a hacer acto de presencia y a dominar el cielo. El viento retumbaba como un estruendo lejano.

En lo más alto del castillo, en la torre de las Atalayas, siempre, ya fuera de día o de noche, estaban los centinelas encargados de vigilar y cuidar de la seguridad del castillo. Ellos oteaban el horizonte desde su privilegiada posición y haciendo sonar un gran cuerno bocinero, avisaban o bien la llegada de gente armada o de mensajeros, o de cualquier peligro que pudiese poner en riesgo la vida de sus habitantes. Todo estaba bajo control en el palacio real de Olite.

Pasadas dos semanas, el infante Juan se excusó ante el rey y la princesa Blanca de que debía volver a Castilla:

—Majestad, princesa: asuntos urgentes reclaman mi presencia, sin tardanza, en Peñafiel. Según un correo que recibí ayer, el condestable de Castilla y valido del rey Enrique, don Álvaro de Luna, está moviendo a sus incondicionales mesnadas y maniobrando para arrebatarme territorios que mi padre me donó en su momento. Por eso, y muy a mi pesar, debo abandonar vuestra corte y partir de inmediato hacia allí. Mis hombres ya están a punto y esperan que me una a ellos para salir. Creo que comprenderéis que debo velar por mis intereses, quiero decir, por nuestros intereses, ¿no es cierto, Blanca? —ahora había fijado su mirada en ella, como buscando su aprobación.

—Lo primero son las obligaciones. Y la primera de todas es defender a capa y espada lo que es de uno. Por eso entiendo que debáis partir cuanto antes —dijo el rey con voz firme.

La princesa, muda, inmóvil, parecía una estatua de piedra como las muchas que adornaban el extenso y bien cuidado jardín. El infante se dirigió a ella con palabras que parecían sonar a esperanzadoras:

—Blanca, siento que asuntos inaplazables me separen de vos. Os prometo volver a vuestro lado en cuanto pueda. Os llevaré en mi corazón y en mi pensamiento. Os lo juro por lo más sagrado y... —ella no lo dejó proseguir y, a pesar de que unas gotas cristalinas empezaban a salir de los ojos, dijo:

—Don Juan, estoy segura de que vuestras palabras son sinceras y que denotan un buen corazón en quien las dice. Partid en buena hora y que Dios os acompañe y proteja de todo mal. ¡Hasta la vuelta!

—¡Adiós!

El infante montó a caballo, se puso al frente de sus hombres y partieron hacia tierras castellanas.

Pasaron seis meses sin noticias del infante.

En Olite, la princesa Blanca se consumía por la ausencia de su amado. Su padre intentaba consolarla como podía:

—Blanca, hija, vuestro prometido está cumpliendo con su deber de infante de Aragón. Además, como él bien dijo, está velando por «vuestros» intereses.

—Sí, padre. Todo eso lo entiendo, pero solo deseo que estemos juntos todo el tiempo. Un día, Dios lo quiera lejano, yo seré reina de Navarra y él, como mi esposo, será rey consorte. ¿Acaso eso no será suficiente para él? ¿Quizá me he comprometido con un hombre con una ambición sin límites? No sé qué pensar, padre — terminó Blanca entre sollozos.

—¡Sí! ¡Asuntos de hombres! Pero yo me pregunto si no hay asunto más importante para un hombre que el amor de una mujer. Recuerdo, hija, cuando vuestra madre y yo teníamos vuestra edad. Pasábamos gran parte del día juntos. Y... ¡Por Dios, también tenía asuntos importantes que atender!

—¡Sí, padre! También vos teníais asuntos... en Francia, a donde ibais con frecuencia. «Asuntos importantes me reclaman. Tengo que defender nuestras legítimas posesiones», decíais a vuestra resignada esposa, mi santa madre, que Dios la tenga en su gloria. No me extraña que ella, a la que decís que amabais tanto, harta de

vuestras ausencias y devaneos os dejara por un tiempo y regresara a Castilla, al lado de sus padres, mis abuelos los reyes Enrique II y Juana. ¡Dichosos asuntos, los vuestros! ¡Asuntos de hombres! ¡Malditos asuntos!

Al oír los inesperados reproches que le echaba en cara su hija, el monarca fijó la vista en el suelo. Manoseó por un momento su encanecida y bien cuidada barba, y con unas lágrimas que empezaban a empañar sus ojos, con voz que parecía pedir comprensión, dijo:

—Blanca, hija. Tu madre y yo tuvimos nuestras desavenencias. Es cierto. Como acabas de decir, harta de mis estancias en Francia me abandonó y por espacio de algo más de siete años estuvo con sus padres en Castilla. Pero, también es verdad, y pongo a Dios por testigo, que durante su ausencia la eché mucho de menos, me di cuenta de cuánto la amaba y le supliqué, más de 50 veces, por carta o por medio de embajadores extraordinarios que regresase a mi lado. Al final, ella accedió a mi petición y volvió junto a mí. De nuevo, nos amamos mucho. Prueba de ello es que a los quince meses de su regreso nació vuestra hermana Isabel. Y en años sucesivos tuvimos a vuestros hermanos Carlos y Luis, que murieron siendo niños. Yo lamenté mucho el daño que hice a vuestra madre y... —Blanca, viendo la sinceridad con que su padre le hablaba, no le dejó terminar. Se acercó a él, tomó su mano derecha y la besó con ternura al tiempo que le decía:

—Padre, siento mucho lo que acabo de deciros. Sé cuánto amabais a mi madre y también sé, porque lo he vivido, aunque era pequeña, todo el sufrimiento que padecisteis cada vez que moría uno de mis hermanos. No he querido que malos recuerdos afloraran de nuevo en vuestra memoria. ¡Perdonadme, os lo suplico!

—Blanca, soy yo el que debería pedir perdón por todos mis errores pasados. Aún me pregunto si tu madre me habrá perdonado desde allá donde se encuentre.

—Seguro que sí, padre. Estoy convencida que, desde el cielo,

cuida de nosotros. Ahora, padre, creo que deberíais descansar. Os veo fatigado.

—Tenéis razón, hija. Debo descansar. Mi corazón ha sufrido demasiado durante muchos años y el día menos esperado...

—¡Por Dios, padre, no digáis tonterías!

—Bueno. ¡Espero vivir lo suficiente para negociar los capítulos matrimoniales con vuestro prometido! ¡Jajaja! —zanjó, entre risas, el monarca.

—¡Eso espero! ¡Jajaja! —rió la princesa, contagiada por su padre, y añadió— ¡Si es que se acuerda de volver!

—¡Jajaja! —rieron los dos.

El infante Juan volvió a Olite siete meses después de partir. Pero, «sus asuntos» en Castilla le hacían regresar allí una y otra vez. Tanto el monarca navarro como la princesa Blanca llegaron a la conclusión de que había que atar en corto al aventurero infante de Aragón. Habría que acelerar los preparativos de boda. Y, lo primero, era concertar las condiciones, es decir, la dote que ambos aportarían al matrimonio. Pero, antes de establecer una fecha para la boda, la princesa Blanca debía ser jurada como heredera al trono de Navarra por el Parlamento.

Para ello, Carlos III convocó cortes en Olite el día 28 de octubre de 1416, en las que Blanca fue reconocida y jurada como heredera suya. El siguiente paso era tratar de su matrimonio con el infante Juan de Aragón, un enlace que era una de las metas de toda la familia Trastámara, pues hasta el propio rey Alfonso V de Aragón se interesó por la boda de su hermano Juan con Blanca de Navarra.

Si la familia del novio estaba deseando que se celebrara cuanto antes el enlace matrimonial, Carlos III estaba también esperando tener al infante aragonés por yerno. Además de ser don Juan hijo de rey, hermano del rey de Aragón y primo hermano del de Castilla, también era dueño de un rico patrimonio territorial, lo que le convertía en el terrateniente más poderoso de Castilla y León, después del monarca.

Tanto por parte de la familia Trastámara, como por la del rey de Navarra, no había tiempo que perder. El primero en fijar sus condiciones fue el infante aragonés quien, estando en Segovia, el 23 de mayo de 1419, otorgó poderes a Diego Gómez de Sandoval, adelantado mayor de Castilla, para que, en su nombre, obtuviera del rey de Navarra el juramento por escrito de que el monarca no contraería matrimonio mientras durase el que don Juan de Aragón se proponía realizar con Blanca; que la reconociera a ella como heredera del reino y que se estableciese la dote de la princesa. También, ese mismo día, el infante don Juan dio su aprobación para que, en su nombre, Diego Gómez se casara por poderes con la princesa Blanca, como prueba de que el matrimonio se llevaría a cabo en fecha próxima.

En el contrato prematrimonial firmado entre ambas partes se especificaba con rotundidad sus deseos de casarse:

Por palabras de presente entre el infante Juan de Aragón, duque de Montblanc y de Peñafiel, conde de Denia y de Ribagorza, y señor de Balaguer, y la muy alta y excelente señora la princesa doña Blanca de Navarra, hija primogénita y heredera del muy alto y excelente rey y señor don Carlos III, por la gracia de Dios Rey de Navarra y duque de Nemours, y el dicho señor infante de Aragón, queriendo dar de su parte obra con acabamiento a que el dicho matrimonio y todos los tratos tocantes a aquel, se vayan a cumplir de su parte y agradable voluntad de llevarlo a cabo.

Carlos III parecía estar seguro de que el infante Juan de Aragón era el mejor candidato a esposo de su hija y heredera Blanca.

La boda del infante Juan de Aragón y Blanca de Navarra se llevaría a cabo después de superar grandes dificultades. La principal provino del conde Juan I de Foix, quien viudo de la princesa Juana, hermana mayor de Blanca y heredera de Navarra, parecía querer recuperar, casándose con su cuñada Blanca, los derechos a reinar

en Navarra que la muerte de su primera mujer le había hecho perder. Pero, Carlos III no se dejó amedrentar y siguió adelante con los planes de boda de su hija Blanca con el infante Juan de Aragón.

La dinastía navarra debía continuar.